

Nuestra Historia De Amor

César Alzate Vargas

Escritor y profesor de la Universidad de Antioquia, autor de las novelas *La ciudad de todos los adioses*, *Mártires del deseo* y *La familia perfecta* y del volumen de cuentos *Medellinenses*, cesar.alzate@udea.edu.co

Yo abominaba las fiestas de quince y esas cosas que congregaban a mi generación. A veces iba porque mamá me obligaba, y entonces, salvo que algún muchacho bello me ofreciera un cigarrillo —lo que sucedió una sola vez—, me la pasaba escondiéndome en rincones para que no me sacaran a bailar. La última a la que asistí por mi propio deseo fue la de esta amiga del barrio con la que me enredaba en un tumulto de sentimientos. Ella estaba enamorada de mí. Yo estaba enamorado de su hermano. El hermano sorteaba el disparate de las hormonas y me hacía ojitos, pero una y otra vez, cuando me tenía temblando entre incendios del espíritu y estremecimientos del cuerpo, le ganaban los miedos de la época y se largaba dejándome con el deseo alborotado y el corazón compungido. Creo que yo hacía algo similar, pues cuando él venía a mi casa por cualquier excusa y daba señas de que podíamos asaltar el paraíso, fingía endurecerme y con cualquier brusquedad de macho de las comunas terminaba el juego. Ninguno era capaz de hablar, ni ella ni yo ni él, porque más allá del miedo todos sabíamos que nuestros deseos no se iban a imponer a los muchachitos simplones que éramos en esta apartada provincia del amor y del sexo.

Ella tenía alguna gracia; no era una beldad, pero hasta a mí, derrotado con dolor en el empeño de pelear contra la naturaleza que me sometía desde cada célula, me movía el piso de tal manera que unas cuantas veces estuve a punto de declararle cosas. Me gustaba, por ejemplo, que al sonreír hacía un sonido tierno, adorable. Sin embargo, como en todo, el adorable sonido de ella palidecía ante el resplandor de su hermano. La belleza de la que la familia era capaz se había concentrado toda en él. Esto, como más adelante empecé a sospechar, no había ocurrido desde el principio ni se sostendría hasta mucho después de la edad en que se produjeron nuestro encuentro, la amistad

de nuestras familias y nuestra tensión romántica y erótica. Las fotos mostraban que había sido un bebé apenas simpático y un niño con cierta inarmonía, a pesar de que sus partes por separado eran lindas: la carita, sobre todo. El engranaje de sus formas se volvió perfecto por la época en que yo y los míos llegamos a este barrio, a mis dieciséis años, a los trece de la hermana y a los catorce suyos. Alguna de esas locuras que hace la pubertad en el cuerpo lo convirtió en un hombrecito de una belleza sublime que hizo que desde nuestro primer encuentro el dolor y el amor me empujaran al mero abismo de la difícil adolescencia que estaba sobrellevando.

En esos tiempos la gente se volvía mafiosa. Familias como la de ellos, que por tener algún negocio más o menos próspero acaso podían darse el lujo de un carrito Chevrolet o Renault y una casa bonita en un barrio de clase media baja como este al que nos habíamos mudado, de pronto aparecían yendo de vacaciones a Disney World y comprando fincas con piscina y sauna en las afueras. No sé qué jerarquía llegó a alcanzar el papá en el cartel al que se hubiera vinculado, pues ni se fue del barrio ni dejó a la mamá ni cambió nunca sus formas campechanas, ni lo mataron; solamente se daba estos lujos algo estrambóticos, pero no tanto como para que no pudiera dárselos cualquier empresario medianamente exitoso. Mi amiga y su hermano apenas llegaron a darme pistas sobre la actividad del papá, aunque tengo la sospecha de que tampoco sabían mucho. Cuando fuimos adultos supe que lo del señor era tener muchas propiedades en barrios mejores, en un par de pueblos importantes para su historia y en el campo. Por su parte, la mamá siguió siendo amiga de la mía, a pesar de que esta pasó de ser compañera de trabajo en las confecciones donde se habían conocido a ser su empleada —de confianza, eso sí— en la empresa que luego constituyó cuando el marido prosperó súbitamente. Las dos mamás



habían sido amigas durante muchos años, pero nunca los hijos habíamos coincidido hasta el traslado de nosotros al barrio. Aquí vinimos a dar no porque ascendiéramos de nivel económico, sino porque mamá se juntó con mis tíos para alquilar una casa grande a la cual nos pasamos con los abuelos, que se dejaron convencer de dejar la región del agua y las montañas donde todo había empezado para nosotros.

Me hice amigo de ella antes de saber que el hermano existía. Si bien lo vi más de una vez por ahí, no llegué a percatarme de su vital presencia hasta que fuimos invitados a la finca. Recuerdo con nitidez nuestra primera charla, una charla de angelitos medrosos, en el comedor de la casa de los mayordomos (la principal estaba en remodelación para ponerse a tono con los gustos de un nuevo rico). El hermano se pasó celebrándome y recostando su preciosa cabeza en mi hombro, y yo, porque él estaba, brillé. Noches después tuve un sueño húmedo en que venía y me besaba y yo sentía con tal vivacidad el sabor de su boca que desde ese momento, en el sueño y luego en la vigilia, no tuve opción. Me había enamorado. Fue un enamoramiento como los grandes de esa edad, contundente y con carácter de definitivo, con una dulzura que parecía ser eterna, aunque no supiéramos nada de la eternidad, y con un dolor que lo colonizaba todo en mí y que parecía, de las múltiples condiciones del amor, la única inalienable. Un amor triste que siempre dolía en algún sector de la vida. El más intenso. El más imposible y por eso, estaba convencido, el más verdadero.

Aún estaba de moda Claudia de Colombia, una cantante que le gustaba mucho a mamá y por tanto a mí. Adopté una de sus canciones como himno de mi tragedia pasional, fuiste algo muy bello que por mi vida pasó, el más tierno idilio que vivió mi corazón, aunque lo cierto es que en esa edad y con este enamoramiento preciso me la pasé adoptando himnos de cantantes y grupos diversos, uno que otro de bastante valía, la otra noche te esperé bajo la lluvia dos horas, mil horas.

Mi amiga cumplió los quince en una época en la que ya se permitía que, aparte de la cumpleañera, a la que nunca liberaron del vestido ridículo de princesa de cuento de hadas, los demás asistiéramos elegantes, pero no obligatoriamente de traje y corbata. Yo odiaba toda pompa. Mamá me

vistió bien, pantalón caqui no sé de qué tela, zapatillas, camisa de manga larga y chaqueta, y yo me tomé varios aguardientes y me decidí a bailar el vals, que con gran ingenuidad consideraba fácil. También la saqué a varias baladas. Con nadie más bailé. Ella leyó en este gesto una manifestación del amor contenido de un muchacho tímido. Bueno, años más tarde me dijo lo de la timidez: nunca se atrevió a pronunciar la palabra amor para hablar de lo que sucedía entre nosotros, supongo que porque en el fondo intuía la verdad o la parte de ella que podía confesarse a sí misma.

Uno de mis primos fue contratado para hacer la grabación en video. Cumplió la obligación de hacer tomas de todos los que estaban en la fiesta, pero, supongo que por nuestro parentesco, dejó en la edición final más imágenes mías que de los demás muchachos bailando con la quinceañera. Esto alimentó el malentendido sobre esa cosa rara entre nosotros, el de un romance que no cuajaba, y el papá, borracho en su finca como todo mafioso, llegó a decirme una vez que le encantaría tenerme de yerno. Habíamos crecido. Me reí por dentro y, claro, no me atreví a contestarle que yo también anhelaba ser su yerno, aunque no por su hija sino por su hijo. Y más de una vez se produjeron sucesos que me ilusionaron con que este parentesco se iba a dar por la vía correcta (cosa que mantendríamos en secreto, no fuera que me pegaran un tiro).

Conseguí que ella me prestara el videocasete de la fiesta. Muchas horas a lo largo de varios años pasé viendo con insistencia los pocos fragmentos en los que el hermano aparecía, maravillado por su belleza, exaltado por el amor y decepcionado porque en unas imágenes se veía y se oía demasiado infantil, en otras demasiado patán y en ninguna se mostraba digno de una pasión que iba a durar, como la de cierto héroe romántico mío, toda la vida. Ni siquiera cuando estuve más enamorado y me dolió más dejé de saber que en ese sujeto no existía materia digna de romance. Era bello, sí, y algunas de sus maneras rozaban el desamparo y la sensibilidad que me afectaba, pero en todo ello, como en los acercamientos que hacía a mi cuerpo, se sobreponía una vulgaridad desencantadora. Aun así, esta tarde, antes de ponerme a escribir, me hice una paja pensando en él (él es el de esa época, no el de ahora; el de ahora es un mostrenco desconocido que lleva su nombre). También busqué un video de la canción

de Claudia de Colombia y sonreí con ternura por su enorme penacho de los ochenta y por lo desatinado, más que de la letra y la música, de mis sentimientos de entonces.

La relación se hizo muy fuerte. Yo hablaba con cada uno de ellos, con ella, con él, con ambos, me hacía confidente de los primeros amoríos que ella tenía y de los que me hablaba con un despecho que me reveló mucho después: “Usted parecía no darse cuenta de nada”, dijo entonces, no como una queja sino como describiendo la actitud mía que la desconcertaba. Le respondí, por supuesto en el pensamiento, que ella era igual, no parecía darse cuenta de nada, de que yo le sonsacaba información sobre el hermano y de que me ponía muy nervioso y triste cuando él estaba. Con él jugaba: cosas bruscas, que era la manera de tocar su cuerpo sin meterme en problemas. Aprovechaba que era bastante amigo de mis primos y venía a la casa, aunque muchas veces venía cuando yo estaba solo y sus juegos, tanto en las palabras como en las acciones, rondaban peligrosamente lo sensual. Estallaban bombas dentro de mí. Yo huía siempre, y sufría más. Íbamos todos a la finca, con mis primos, con primos de ellos, con amigos, con los papás, solos, y siempre pasaban cosas, ponía sus manos en el bulto de mis genitales, se acostaba encima de mí, me seguía al sauna, jugaba, jugaba, y mi cuerpo llevaba por dentro el espíritu destruido por un bombardeo. Llegó a suceder que ella me dijera: “Ojo, que usted le gusta a mi hermanito”. Lo dijo sin entender lo que eso significaba y lo que hacía en mí. Yo no comprendía el lenguaje de los machos y por consiguiente me moría del miedo de los permisos que él parecía ofrecer: se me ofrendaba y yo huía. Yo siempre huía, como si no fuera el más interesado en que todo eso sucediera. Ella me rescataba siempre. No preguntaba nada. No comentaba nada. Yo me escapaba de ella y de él. Me iba por mis propios caminos, hacia una vida que no tenía que ver con ellos, pero, como estaba enamorado y tenía vocación de dolor, todas las vidas acababan vinculadas de alguna manera a la principal, a aquella en que él estaba incrustado en el centro mismo de los tormentos.

Durante varios años, o quizá, ahora que lo pienso bien, durante muchos meses de unos pocos años, estuvimos tan juntos que la noche en que el papá se perdió fue a nosotros a quienes llamaron para que los acompañáramos. La ausencia del papá no

duró más que una sola noche, pero sirvió para que me sintiera parte de ellos.

Ahogado de amor y de infecto romanticismo, acabé arriesgándome a todo, a que me respondiera que también moría por mí, a que armara un berrinche que la involucrara a ella y aniquilara la amistad de las familias, a que el papá ahora sí mandara un sicario a hacer lo debido para que me dejara de jodas con sus hijos. Escribí una carta, escribí otra, escribí varias más, exaltadas, farragosas, tal vez ilegibles, y compré el libro que más fielmente representaba lo que yo deseaba ser, el amante eterno que no se deja arredrar ni siquiera por la autenticidad del desprecio del amado; empaqué todo eso en papel de embalaje y lo envié a su casa marcado con su nombre y con el mío. Descansé. Temí. Esperé.

En apariencia, nada pasó. Hasta hoy, nunca ha pasado nada. O casi nada, aparte de su silencio.

“Como un perro”, terminaba el verso de la segunda canción que menciono y con la que tal vez debería de haber titulado el relato. Así esperaba yo: con una abnegación que se sabía destinada a la no recompensa o, mejor, que no ponía como condición la recompensa. Tal vez mi memoria sobrepuso el rockcito al resto de la amplia banda sonora que nos acompañaba en los días y noches de la finca, tanto como la imagen de él saliendo mojado de la piscina se sobrepuso a las muchas suyas que me constreñían el pecho y las vísceras. El caso es que todavía hoy, cuando me permito evocar al personaje, voy a esos versos y, como entonces, me autorizo a trastocar un par de palabras, y cuando llegaste me miraste y me dijiste loco, estás mojado, cómo te quiero. A veces sonrío; otras veces hago gestos de desdén. Ahora puedo volver al verso original y canturrearlo para él con acento burlón, ya no te quiero.

Estoy lejos de casa.

Adultecimos.

Mi amiga se casó. Acudí a la misa y a la recepción, les tiré arroz, la abracé a ella y le di la mano al novio, admiré sufriendo y en silencio la gloriosa belleza

del hermano, que empezaba a verse maduro y que ya no me hablaba. También noté que seguía comiendo como un monstruo y que sus formas, contenidas en el límite de la gordura desde los años finales de la adolescencia, anunciaban que se iban a desbordar. Me marché temprano para seguir mi propia fiesta y en el resto de la noche fui todo lo necio que podía ser. Encontré unos discos en mi casa, unos boleros y otras viejeras, y concebí una idea que a veces he juzgado como desgraciada y otras veces como, en últimas, feliz: una forma de homenaje. La llamé a la casa de los papás, donde la celebración proseguía entre los más íntimos. Mi voz algo ebria, claro, ¿cómo más habría de atreverme yo a hacer esa llamada esa noche?

—Hola.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—No colgués y oí esto.

La canción decía unas cuantas cosas sobre el lío del amor difícil, pero sobre todo decía niégalo, di que te he mentado, que no te he querido; anda y dílo así. Ella la escuchó toda, cosas debió moverle. Al final me atreví y, aunque no me arrepiento, esto me ayudó a comprender la urgencia de ser cuidadoso con las palabras y responsable con los actos:

—¿Qué pensás?

—Usted sabe que si hubiera hablado a tiempo yo no estaría casada hoy.

En ese momento tomé la decisión de terminar estos juegos. Ella, en cambio, tomó nota de que algo seguía agitándose en nuestra relación sinuosa y volvió a mí en las inevitables crisis de los años siguientes.

El esposo, ahora no me parece increíble como me lo parecía entonces, sentía contra mí unos celos que no había sentido contra los novios de ella que sí importaron. Los celos a veces se tornaban furibundos, por lo que nuestra comunicación se espació y llegó a demorar años. En uno de esos reencuentros me contó que estaba a punto de separarse; sufría; esperaba que yo hiciera algo, que le propusiera por fin vivir el descontrol al que estábamos abocados desde niños. No lo dijo con

estas palabras, pero sus acciones fueron elocuentes. Era lo que yo le pedía al hermano en las cartas y, como yo, ella no obtuvo respuesta. Desde lo de la llamada de la noche de bodas me mantuve firme en no jugar a cosas que nos podían quemar, y más bien actuar como el buen amigo que también era. Le dije la verdad sobre el marido, que nadie la amaría de mejor manera que él, la ayudé a tranquilizarse. Ocurrió varias veces en, no sé, quizás una década. Descubrí que me usaba, primero, para alimentarle los celos; y, segundo, para escamparse durante las crisis. No importaba. Se lo perdonaba, se lo debía. A mí me alegraban sus regresos. En cada ocasión preguntaba por los padres, por los primos y los amigos suyos que conocía —y que no me interesaban— y, como si vagamente me acordara de él, por el hermano.

Me casé.

Murió el papá. Ella me lo anunció así por medio de un mensaje de texto: “Quería decirte que esta mañana se fue mi viejo”. Me hice presente con mamá en el cementerio. Mamá los abrazó a todos. Yo a todos, incluyendo al marido, pero no al hermano. Estuvimos a pocos metros de distancia sin mirarnos y no dejé de verlo. No me insultó ni nada; tampoco vino a rogarme que no dejara de amarlo. Tenía una mujer y, no sé, tres niños, cuatro, cinco, un jardín entero: todo lo que fuera suyo ya no me concernía.

A ella la vi todavía otras veces.

Envejecimos.

(Medellín, diciembre 10 al 12 de 2022)■



P/A

Julian Urrego 1/22

Julian urrego @julianurregog